

Paz y del recrudescimiento que imaginó notar en su amor. ¿Cuál sería la causa? ¿Por qué la niña criada en el regalo, lejos de convencer de que *aquello* era una locura, daba á sus promesas más firmeza y mayor expresión de simpatía á sus miradas?



XVI

Viendo Tirso que la madre atendía sus exhortaciones, no solamente insistió en ellas, sino que trató de conquistar el ánimo de Leocadia, siéndole necesario para ello aguzar la astucia, pues la diferencia de caracteres entre Doña Manuela y su hija pedía táctica diversa. La primera cedió por bondad y mansedumbre: en ella era hábito plegarse á la voluntad ajena. Cuando joven, obedeció á su marido; erigido después Pepe en jefe de la familia por la fuerza de las circunstancias, se acostumbró á mirarle como á tal, y en las menudencias caseras seguía el parecer de su hija, mostrando en todo ser nacida para obedecer. Las condiciones de Leocadia eran distintas: tenía genio voluntarioso y, aunque sin faltárles al respeto, respondía á sus padres

con entereza; en sus caprichos de muchacha pobre, había siempre cierta obstinación; si se empeñaba en reformarse un traje, no cesaba de dar vueltas á los trozos de las telas, hasta lograr lo que se proponía; gustándole un peinado, no hallaban paz sus manos hasta que conseguía aprender modo de hacerselo, y hasta en estos pequeños detalles, por la tenacidad de sus resoluciones, delataba una firmeza muy difícil de dominar desplegando energía. Tirso notó también que, á pesar de lo humilde de su situación la chica era algo vanidosa y estaba pagada de su persona, acusando de distintos modos el afán de agradar, y como un cierto deseo latente, pero inmoderado, de imitar prendas y costumbres de muchachas más favorecidas por la suerte. Jamás consintió, por ejemplo, en hacer á su hermano blusas para trabajar en la imprenta, ni bajó nunca á la tienda de la esquina próxima con pañuelo á la cabeza; á Pepe quería verle lo mejor vestido que fuera posible; y en sus trajes propios, aun luchando con la falta de dinero para adornos y perifollos, procuraba siempre imitar cortes elegantes. Por no tenerlos de oro, llevaba sin pendientes las orejas y los dedos sin anillos. No era exi-

gente en pedir lo muy costoso al esfuerzo de sus padres; pero sólo aceptaba la pobreza como un accidente de su vida, no como condición de su origen. Admitió de buen grado el amor de Millán, al tiempo que éste cursaba con Pepe la carrera; mas el ver que su novio tuvo que abandonar los libros y dedicarse á un oficio, fué para ella contrariedad grandísima. De continuar su hermano en la Universidad, acaso hubiese procurado romper pronto sus relaciones con el impresor; mas viéndose Pepe obligado á hacer lo mismo al poco tiempo, Leocadia comprendió que no podía por esto rechazar á Millán, y continuó aceptando su cariño, sin que la correspondencia con que lo pagaba mereciese en realidad nombre de amor. Quizá, por falta de antedecentes, no estuviera Tirso en situación de apreciar todo esto; pero alcanzó lo bastante para convencerse de que, ni Leocadia estaba verdaderamente enamorada, ni desecharía por Millán lo que el desvergonzado lenguaje de la codicia llama una *proporción*; lo cual le autorizaba á imaginar que, si la madre había cedido por docilidad, la vanidad y el amor propio serían buenos medios para subyugar á la hija. Mejor quisiera él llevar la piedad á

sus corazones con la vehemencia del celo que le inflamaba, pero comprendió que le era forzoso seguir la máxima de plegarse á la índole y carácter de cada pecador, para convertirlo más seguramente. Por fin, muchos dias despues de haber hablado con doña Manuela, determinó sondear á Leocadia; y hallándola una tarde leyendo en el comedor, mientras don Jose reposaba y la madre habia salido, se acercó, llevando él otro libro en la mano.

—¡Sabe Dios!—la dijo entre severo y sonriente —qué libraco será ese! ¿Es de los que te trae el novio?

—Sí,

—¡Bonito papel para un joven el de procurar lecturas nocivas á la mujer á quien quiere, y buen modo de amar... suponiendo que te ame!

—¿Por que dices eso?

—Cálmate, hija, cálmate; no quiero decir ¡Dios me libre! que ese joven no te estime: lo que me choca, es que tú le quieras á él.

—¡Ya lo creo que me quiere!

—No parece de mal índole; pero le sucede lo que á tu hermano: debe estar plagado de las ideas de ahora y ser de esos que no

creen ni en la luz del dia. Listo, sí será; ¡lastima que tenga oficio tan feo!

—El de su padre... Empezó á estudiar para abogado; pero luégo le sucedió lo mismo que á Pepe.

La palabra *oficio* sonó en los oídos de Leocadia como Tirso habia previsto.

—Tendrá que estar siempre metido entre gente ordinaria, trabajadores y jornaleros: luego le afinarás tú... aunque mala tarea es.

—Pero, ¿imaginas que Millán es mozo de cuerda ó sereno?—repuso ella riéndose forzadamente.—Te equivocas: es un muchacho decente, igual á Pepe que tiene que vivir así, trabajando, como Pepe.

—No, hija, como Pepe, no; nuestro hermano es hijo de un funcionario público; el padre de ese joven, si no he oido mal, era cajista, jornalero.

—Impresor.

—Llámalo como quieras. Siendo ya viejo, llegó á dueño de la imprenta; pero su origen no puede ser más humilde. Eso no quiere decir que sea mala persona: pero, en fin, ¿por qué te disgusta que nosotros ambicionemos para tí lo mejor?

Leocadia miró á su hermano, sorprendida de que así se preocupara por su porvenir.

— Lo que quiero decirte — prosiguió el cura — es que, tan joven, y reuniendo condiciones que son para la mujer llave de sana prosperidad, no debes contraer compromisos formales con un hombre inferior á tí; porque esto no me lo negarás. Acaso tenga posición más desahogada que la nuestra; pero, una cosa es el bienestar, y otra la esfera de cada uno. Hoy por hoy, no tenemos dinero; pero ni nuestros padres ni nuestros abuelos han sido menestrales. Créeme, Leocadia, no te comprometas con nadie; no renuncies á tu libertad de acción. No has nacido tú para mujer de un jornalero.

— ¡Dale con lo de jornalero! tiene una industria; vamos, una imprenta; pero no es un gafián.

— ¡Bah! hija mia: llamemos á las cosas por sus nombres. Trabajador, no es más que trabajador; y si te casas con él, sabe Dios si tendrás que ir algún día á llevarle la comida en cesta, como á un albañil.

— De modo que, según tú, debo esperar á que venga á pedir mi mano un título de Castilla.

— Nada de eso; me parece que, aunque sea un buen chico, no está justificado que renuncies por él á lo que te reserve el porvenir. Nadie sabe lo que es el porvenir para una doncella.

Harto conoció Leocadia que, tras aquella problemática esperanza de grandezas futuras, lo que verdaderamente impulsaba á Tirso era la antipatía que sentía contra Millán, desde que conoció que en política y en falta de religión coincidía con Pepe mas como estos mismos argumentos se los hizo á sí propia alguna vez, no dejaron de ejercer presión en su ánimo. Parecíale innegable la bondad de Millán, pero Tirso tenía, en parte, razón. El roce con la gente de la imprenta había dado á su franqueza cierto tinte rudo, á veces rayano en grosería; á sus sentimientos honrados servía de intérprete un lenguaje tosco; para verle algo aseado y compuesto era preciso aguardar al domingo; acaso no anduviese descaminado Tirso y, andando el tiempo, tuviera ella que llevarle en cesta la comida, resignandose á ser una menestrala; es decir, el tipo contrario al de las señoritas, cuyos modales y trajes procuraba imitar.

En ocasiones diferentes hizo Tirso á su

hermana análogos razonamientos y, como el terreno estaba bien preparado, la semilla comenzó á germinar. Iniciado en ella el desvío, lo primero que hizo fué evitar que menudearan las visitas de Millán entre semana, fundadas en el préstamo de libros: luego ocurrió la escena narrada á Pepe por el amante desdénado, en la cual intervino Tirso, y, por último, la muchacha acentuó tan enérgicamente su desamor, que el novio casi dejó de merecer tal nombre. A ser el afecto de Millán pasión hondamente arraigada, hubiese puesto empeño en recobrar lo que perdía: mas también en él palpitaba un fondo de propia y exagerada estimación, en que era de mayor cuenta el orgullo que el cariño.—“No hables de esto á tu hermana—había dicho á su amigo—porque el querer no se impone ni es cosa para recibida de limosna.”

Aquello produjo á Pepe malísima impresión, pero aún le desagradó más ver demostrada la intervención del cura. La cosa estaba ya fuera de duda: tras intentar apoderarse del ánimo de la madre, comenzaba por distintos medios á explorar el de la hija para sus mismos fines. ¿Cuáles serían sus propósitos ulteriores? Motivos de conveniencia personal,

al parecer, ninguno. Lo único verosímil, era que obrase impulsado no más que por proselitismo religioso, y en este caso, para comprometer en la empresa la paz y la dicha de la familia, su fanatismo debía ser grande. ¿Cómo arriesgarse, de otra suerte, á promover una excisión entre padre e hijos, aventurando la tranquilidad del hogar y la poca salud de Don José por sólo la falta de cumplimiento en los deberes piadosos? Tanto repugnaba esto á Pepe, dadas sus ideas, que no le era posible atribuir á su hermano tamaña obcecación, suponiendo que, si únicamente el celo le impulsara, debía moderarlo con afectos más terrenales, pero no menos puros. Su entendimiento rechazaba la posibilidad de que existiera hombre capaz de apenar a sus padres por dar lustre á la religión. La displicencia con que Millán y Leocadia comenzaron á mirarse, perdió con esto importancia á los ojos de Pepe: su verdadera preocupación fué la conducta de Tirso, y llegó á disgustarse tanto, que su amada Paz le echó de ver en seguida.

Primero, cierto espíritu novelesco, propio de niña libremente educada, hizo que Paz se encaprichara con el amor de Pepe; después, cuando llegó á comprender lo mucho que él

valía, aquella inclinación se acentuó insensiblemente y, lo que al comienzo fué juego de la imaginación, vino á ser, del modo más natural y sencillo, sincero y bien arraigado amor. El *empleadillo*, como ella imaginaba que sus amigas le llamarían si llegaran á conocerle, se le había entrado al alma, persuadiéndose de que le quería porque empezó á temer la cara que al saberlo pondría su padre, á pesar de los alardes democráticos que solía hacer en el Parlamento. Pero no era esto lo que más la desazonaba. Su inquietud nacía de ver disgustado continuamente á Pepe, y el convencimiento de estar en una norada brotó de aquella relación que estableció su inteligencia entre la pena que ella sentía y la inquietud que él mostraba. Cuando Paz se hizo cargo de que, aun ignorando la causa, el pesar de su novio la entristecía; cuando, sin poder aquilafarlo, sintió como propio un dolor ajeno, entonces advirtió que en su corazón comenzaba á reinar una voluntad distinta de la suya, y que aquel hombre, sólo con lealtad y buena fe, iba apoderándose de su albedrío lenta, pero seguramente, como río caudaloso que profundiza el cauce en que se sustenta. Paz, en apariencia frívola, á semejanza de to-

do el que no ha sufrido, pero muy lista, se persuadió pronto de que amaba, porque su pensamiento, lejos de amedrentarse ante las contrariedades que podía el amor ocasionarla, se fijó exclusivamente en el dolor del hombre á quien quería. La primer muestra de pasión verdadera, fué la sinceridad con que le habló.

Una mañana, estando en la biblioteca de su padre, que era donde se veían en los ratos que aquél faltaba de allí, dijo á Pepe empleando su lenguaje ligero y franco, entonces más franco que nunca.

—Tengo que decirte una cosa muy grave

—¿Qué?

—He hecho un descubrimiento: que tú no me quieres y que yo te quiero mucho más de lo que me figuraba.

—No te entiendo.

—Clarito, hijo; que tu amor—emplea remos esta palabra, para mayor solemnidad, aunque ya sabes que á mí me gusta más decir cariño— pues bien, que tu amor es mucho más tibio que el mío.

—Veamos cómo se demuestra ese grandísimo embuste.

—De modo muy sencillo. Pase que siempre me estés aburriendo con lo de ser yo ri-

ca y tú pobre, por supuesto, que no me ofendo; pase la manía de los celitos, que no tienen sentido común: pase el estarte sin venir tres y cuatro días seguidos, para que te espere con más deseo

—No: por miedo á que tu padre adivine lo que ocurre.

—Déjame acabar: lo que no pasa, es que tengas disgustos, que estés apesadumbrado y me lo calles: ¿Tan tonta soy, que no sirvo para decirte ni una palabra de consuelo?

—¿Y qué tiene que ver esta ternura, alma mía, con el descubrimiento.

—Pues no puede estar más á la vista. Que tú, sufriendo y ocultándome, revelas una falta grande de confianza, que es falta de cariño; y yo *aquejerándome*, como dicen en Andalucía, para tu reserva, demuestro que-rrerte mil veces más.

—Pero, ¿de dónde has sacado tú que tengo disgustos?

—Eso te faltaba, añadir el disimulo á la falta de confianza. ¿No quieres decirme lo que te pasa?

Pepe, que prefería hablar sólo de su amor, ó que se había propuesto callar interio-

ridades de su casa, contestó negando, y Paz acabó por decirle:

—Si crees que es mera curiosidad, no despliegues los labios; pero conste: quedo en libertad para averiguarlo.

—Averigua lo que se te antoje, pero quiéreme mucho.

La entrada de don Luis cortó el diálogo. Paz se había propuesto saber á que atenerse respecto al origen de la tristeza de Pepe, y cuando una mujer enamorada forma resolución semejante, el secreto puede darse por descubierta. La obstinación de Pepe en callar fué inútil: Paz puso tanto empeño en saber los disgustos de su amante, como éste en seguir paso á paso los incomprensibles manejos del cura.

